

†
J. M. y J.

Málaga 14 de Mayo de 1778.

Amadísimo Abuelo y venerado Padre de mi alma. El Señor nos dé su gracia para que le sirvamos.

Recibo la de usted á mi llegada á ésta, que fué el 13 por la tarde, y además de la veneración y aprecio con que siempre leo las de usted, me causó ésta singular consuelo, porque no la esperaba. Oh Padre mío! si fuese yo capaz de expresar á usted lo que sus letras causan de esfuerzo, valor resolución, rendimiento y deseo en mi alma! No lo sé, no lo entiendo y menos puedo explicarlo. Créame usted, (pues le hablo como á mi Dios visible y que sé no se le esconde lo oculto de mi corazón), que si me mandase ir al fin del mundo, ó hacer lo más difícil que pueda imaginarse, me sería todo tan fácil para ejecutarlo en mi voluntad, como si ya lo tuviere hecho; y solo me amarga si me hallo ligado con contraria disposición de mis Prelados. No la tengo para lo que usted ahora me manda, y así voy á ponerlo por obra, sin pensar en nada más que esta será la voluntad de mi Dios, pues que así me lo manda. Los varios sentimientos de mi corazón no me permiten decir á usted lo que en él hay, mas usted lo conoce, y sabe como ha de tratar y domar este bruto, que sin duda necesita de sujeción y palos.

Las fuerzas andan no muy sobradas, porque el camino ha sido algo penoso, por los calores y tra-

bajos inexcusables que le acompañan. El interior con mil tentaciones obscenas, en castigo de la soberbia oculta de mi espíritu, que éstos dos son los afectos en que ahora me tienen mis pecados. ¡Dios se sirva con todo! La novena dá principio el 19 y me siento con gran deseo de hacerla, y sin tiempo para leer cosa alguna.

La Zaya dá á usted sus expresiones y pide sus oraciones: sigue con grandes trabajos, enfermedad y desolaciones. La otra aun no la he visto. Todas se ofrecen á usted y yo más que todos, pues conozco lo que á usted debo. Soy hijo el menor y menos acreedor que los demás, y así mi Padre me mira y trata como al más sarnoso y enfermizo, que mueve más la compasión de los Padres, que los hijos sanos y rollizos; y por eso mi Padre Fernández se queja como el hermano del Pródigo, á quien se dijo *omnia mea tua sunt*. Usted, Padre de mi alma que sabe mi extrema necesidad, pídale usted al Señor use conmigo de su misericordia; y pues le debo tanto, débale también el que me convierta á su Majestad. Yo continuamente, sin cesar, pido á Dios por mi Padre de mi alma, para que me lo conserve y guarde muchos años en su santo amor y gracia.

Besa la mano de usted, su menor, más afectísimo y humilde hijo en el Señor

Fr. Diego F. de Cádiz.



NOTAS

En algunas Vidas del Beato Diego se cita esta carta con fecha 11 de Mayo, lo cual es yerro evidente, pues el Santo dice que llegó á Málaga el 13 y así no pudo empezarla el 11, sino el 14 que es la fecha verdadera, entendida malamente por los copiantes, á causa de que los guarismos escritos por nuestro santo tienen mucha semejanza entre sí el 1, el 4 y el 7, y es fácil equivocarse, si el que copia no se fija bien.

Al fin de esta carta parece aludir el Beato á la de su P. Fernandez que le remitió el santo Abuelo con la del P. Ortiz, y de la cual se desprende que el Abuelo iba queriendo al Nieto más que al hijo, y que éste, lleno de santa emulación, se queja con mucha gracia, como el hermano del *Pródigo*.

Con la novena de S. Felix se agravaron los males del Beato de tal suerte, que los médicos y Superiores le prohibieron todo trabajo y lo mandaron á reponerse y convalecer á Priego: pero lo mandaron á este lugar los Superiores á ruego de la entonces Duquesa de Medinaceli, Sra. piadosísima gran devota y favorecedora del Beato Diego, cuyo sermones oía siempre con los ojos humedecidos por el llanto. Esta señora, pasó por prescripción facultativa allí el verano en 1778, y sabedora de lo que ocurría al Beato Diego, trabajó por tenerlo allí consigo en su Palacio ó Castillo, como dice el mismo Beato Diego en la que sigue.

†
J. M. y J.

Priego 12 de Junio de 1778.

Amadísimo Abuelo y venerado Padre mío en el Señor: Este nos dé su gracia para que le sirvamos.

Padre mío, no he podido hasta ahora avisar á usted y darle razón de mí. En Málaga hice la novena de S. Félix con algún quebranto, porque el pecho se indispuso un poco, y dos ó tres días estuve con alguna calentura, aunque leve. Prediqué gracias á Dios, y á usted, con algún ardor y eficacia y grandes sentimientos de caridad para con los prójimos. El fruto parece ha sido alguno, y en él haberse juntado la Ciudad en Cabildo pleno para tratar el punto de las comedias, y parece salió de la junta, se consultase al Consejo lo que debían hacer, porque se les había predicado por mí ser culpa grave su asistencia, y siéndolo no querían gravar sus conciencias con ella. No sé qué habrá resultado; bien que antes de venirme ya habían principiado.

Acabada la novena me hallé con orden de esta Sra. Duquesa para venir á acompañarla: su extremada caridad y devoción me ha traído solo para convalecer, y ver si puedo recobrar la cabeza y fuerzas; piensa y quiere no me vaya en todo el verano, y en ello está fuerte: ya ve usted cuanto impide esto lo que me tiene ordenado. Yo trabajo y trabajaré por irme en todo Junio, ó principios de Julio, para hacer lo que mi cabeza me permita y

Dios me dé. Aquí nada hago, solo ir y, venir á la Iglesia, escribir algunas cartas de las atrasadas y salir á algún paseo con los Sres. Predico á sus Excelencias mañana día de san Antonio, y el Domingo infraoctava del Corpus.

El interior está deseoso de la oración, pero tardo en ella: ansiosísimo de consolar á los enfermos y necesitados á costa de prodigios: deseo también proporcionarme para ser un grande instrumento para la gloria de Dios, y que le conozcan y veneren por grande todas las gentes: por esto se me va el corazón, y lo dejo ir. No es fácil decir, Padre de mi corazón, lo que éste ansía avasallar al mundo, y exaltar á Dios; quisiera aniquilarme y que á costa mía obrase el Señor ó renovase sus antiguas maravillas y misericordias con su Pueblo. Pero, ¿quién soy yo? Esto me acobarda y hace caer de ánimo, y más al ver lo nada que obro, para proporcionarme á esta grande empresa. Usted, Padre mío, disponga lo que guste, y mande lo que quiera que con eso tendrá mi espíritu algún sosiego. Humílleme usted mucho, que estoy sobradamente soberbio, aunque aborrezco con toda el alma lo mismo que soy. Penitencias exteriores no las uso, sino el silicio, solo el rato de predicar. Disponga usted en esto, y en todo lo que le parezca.

A mi Padre Fernández he escrito, avisándole mi venida y lo demás; me escribió diciéndome se hallaba receloso de las tercianas por una recia calentura que le había acometido: El Señor lo libre, si esta fuere su santísima voluntad.

Usted, Padre mío, no se canse de mis simplezas, y no abandone á este infeliz que desea sus aciertos, y los asegura en las direcciones de usted. No quiero se canse usted en escribirme, sino

que sea cuando le acomode ó guste. Yo me alegraré logre usted perfecta salud, y le ofrezco la que á Dios gracias disfruto para que mande lo que quiera, No cese usted de darme su santa bendición, ni de pedir al Señor por este miserable y perverso pecador: yo pido sin cesar á nuestro Señor me guarde á mi amado y venerado Padre muchos años en su santo amor y gracia.

De usted su afectísimo Nieto y menor hijo,

Q. S. P. B.,

Fr. Diego F. de Cádiz.

NOTAS

En esta carta vemos como iba el Señor preparando el alma de su siervo para concederle con más abundancia el dón de milagros: pues dice que está *ansiosísimo de consolar á los enfermos y necesitados á costa de prodigios; que desea ser un gran instrumento para la gloria de Dios;* y El no suele dar estas ansias y deseos á sus siervos, sino para darle después el cumplimiento y realización de ellos.

Las ocupaciones del Beato en Priego las describe su amigo D. Lorenzo Ortiz de Zárate, de esta manera: «Desde el año de 1778 me honró el P. Fr. Diego con su amistad, pidiéndome nos tratásemos mutuamente como hermanos cual se verificó hasta su dichosa muerte. El motivo de esta intimidad fué haberle mandado sus Prelados pasar para recobrarse de su quebrantada salud, á la Villa de Priego, por instancia de los Exemos. Sres. Duques de Medinaceli que á la sazón se hallaban allí y quisieron tenerle en su casa, donde también me hallaba yo de Ca-

pellán de sus Excelencias con el Sr. D. Antonio María Chacón, Ayo entonces de los hijos de dichos Excmos. y ahora Canónigo y Chantre de la Sta. Iglesia Catedral de Zamora. Nuestro común amigo el M. R. P. Maestro Fray Francisco Javier González (Religioso Mínimo, varón de ejemplar virtud y Director espiritual del P. Fr. Diego) nos encargó cuidásemos de que no se atarease en cosa alguna por convenirle descansar durante la estación del estío; y esto sólo bastó para que el humilde siervo de Dios obedeciese nuestras menores insinuaciones cual si fuesen de su mismo Director.

»La intermediación de mi alojamiento y la mayor proporción que yo tenía de conversar con él á todas horas, produjo entre los dos la más estrecha familiaridad, y en mí cierta libertad de hácerle interrumpir la lectura, oración y demás tareas en que solía estar siempre ocupado, obligándole á pasearse conmigo apesar de las excusas que solía alegar para que se le permitiera continuar el trabajo; si bien que á poco que yo le instase, respondía con mucha gracia: *Acabose: usted es mi Amo:* y en todas ocasiones observé esta misma subordinación la cual no podía dejar de pasarme, aunque procuraba disimular mi admiración, conservando cual convenía para su salud esta especie de superioridad ó dominio sobre un sujeto que al mismo tiempo de confundirme con su heroica virtud robaba mi corazón y me llenaba de veneración y respeto.»

En estas santas ocupaciones se hallaba el gran misionero cuando recibió del P. González la siguiente carta, una de las mejores que salieron de su ilustre pluma.

†
J. M. J.

Sean en nuestros corazones. Amén.

Sevilla Junio 26 de 78.

Mi estimadísimo nieto y mi muy amado amigo en Dios: Que me alegro de la caridad de esos Excelentísimos! Yo nunca aprobaría que un religioso Capuchino, llamado de Dios al delicado ministerio de público predicador, frecuentase palacios é hiciese de ellos conventos para vivir algún tiempo, si esto no lo dictase la propia ó agena necesidad ó caridad; porque no se me oculta (ni á usted) los peligros, cuando menos de pérdida de tiempo y disipación: pero necesitando para la continuación del ministerio su salud de algún reparo y separación de tareas, que en Málaga ó en otro convento no sería fácil conseguir; siendo esos Señores los que son, y constándome que procurarán que usted tenga alivio, separación, tiempo, y si quiere ocio y descanso; pues por D. José Raya me tomé la confianza de prevenir á su Excelencia y buena Señora no permitiese que V. P. trabaje, y sé que está por su Provincial mandado que obedezca en este particular al Sr. Chacón; supuesto todo lo que sé, diré á V. P. lo que en esto juzgo más del agrado del Señor, para que, cumpliendo la obediencia del Prelado, no falte á su deber:

Sea enhorabuena que se mantenga ahí, hasta que los Señores vuelvan aquí; y que se alimente, no ayudando sino los preceptivos: suspenda toda externa mortificación, haga ejercicio y no tome tarea que le atrase, ni sermones, ni confesiones, ni consultas, esto es, si

puede excusarse; que si la prudencia, la obediencia, la caridad urgen, todo lo podrá confortado del que todo lo puede. Cuida ahora de su alivio, que también somos á ello obligados, primero que atender al de los prójimos; y mucho más cuando no cuida de sí para sí, sino para servir á la gloria del Señor y bien común; pero este cuidado de sí comienze por el interior reparo del espíritu, que en nada atrasa, (si se hace con paz) la salud. Quiero decir: la suave cuidadosa presencia de Dios; la humilde memoria de sí; la oración por vista de fé, sin ocupar la imaginación ni la consideración discursiva, sin nimios sensibles afectos que cansan, y pueden trabajar la cabeza: retiro y abstracción discreta de criaturas y negocios; quiero decir, cercenar ahora de cartas y direcciones escritas: que tengan paciencia y esperen!

Y pues no se puede ahora hacer lo que estaba proyectado, hágase algunos ratos al día, (tomando el permiso del Sr. Chacón), lo que se comenzó y paró. Aquellos sentimientos de Dios, las reglas de conversión y confesión, y los soliloquios que en las misiones de los pueblos se han hecho, sin otro estudio para hacerlo que el de la santa Oración, ni otro cuidado en el método y orden que el que inspire el vivo deseo de ser útil á los prójimos: previniendo que si la cabeza se cansa, la destilación se aumenta, ó el pecho se queja, se deje todo hasta que el Señor quiera, si ahora no le agrada esta tarea. Esto toca á lo regular, digámoslo así, al pan de cada día. Entremos á dentro, de lo que me darás (venceió tu rendimiento, y te doy la más árdua prueba, de cuánto amo por Dios, y porque ames la mía ingratísima, tu alma) me darás mensualmente, si puede ser, mientras quieras mi consejo, sin ocultarme nada, nada, puntual cuenta de todo, como en este correo aviso á nuestro Fernández para que nos pongamos de acuerdo. Sé que está bueno, porque no repitió la fuerte calentura,

tal vez catarral, que lo asustó. El Señor lo conserve que es su amigo, y cuida de su caudal, las almas redimidas. Vamos á dentro.

¿Dónde está tu fe, cuando te entra el Omnipotente por los ojos? ¿No ves que para que el mundo vea y admire cuánto puede, le ha presentado en ti, inutilísimo, improporcionadísimo y vilísimo, un ministro de su palabra, que lo prepare, lo conmueva y lo incline á oirla? ¿Por qué así te escuchan los pueblos y los otros ministros, con aprecio y ansia? ¿Eres tú más hábil, más instruido, más ejemplar, más eficaz que los más de ellos? ¿Qué estudio es el tuyo? ¿Qué ciencia? ¿Qué oratoria? ¿Qué eficacia? ¿Qué vida? ¿No ves cuanto te falta de todo? ¿Y quién predica con mas arreglo á las leyes de retórica que no ha saludado? ¿Quién maneja con mas oportunidad las materias que trata? ¿Quién con mas eficacia las propone y persuade? ¿Qué es tuyo de todo esto? ¿Cuándo no has experimentado que todo se te da, y que á no ser así, cómo habías de predicar lo que predicas? ¡Oh quién es Dios para ti! ¿Y qué diré de la unción que ha dado á su palabra pronunciada por ti? Si tu corazón de carne se ardiera en el amor del Amabilísimo, y de los prójimos; si abrasado, el celo de su gloria comiera tus carnes; si tu pureza de vida te preparara y proporcionara del fervor y aliento poderoso de quien habla la palabra de Dios, como de Dios; yo más que todos, (pues solo te conozco,) daría gracias al dador, y no haría el cargo presente.

Dime delante de Dios y según el testimonio de tu propia conciencia: ¿no es piedra durísima tu corazón? Pues de dónde extrae el Señor la unción con que por tu medio ablanda y sana tantos, quedándose el tuyo duro y enfermo? Tu celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, ¿comenzó como era muy debido por la tuya? Cuántas miserias! cuántas faltas, cuántas ingratitudes, cuánto amor propio, cuánta inmortificación de

pasiones, cuánta desidia, cuánta maldad, cuánto, cuánto descubrirás en la tuya, cuando apartas, dije mal, quieres con ansia no tuya, remediar esto mismo en las ajenas! ¿Podrás negar las malignas, torpísimas exhalaciones, que arroja de sí tu rebelde concupiscencia? ¿No sientes la furia con que te ejercita en el confesionario y trato de prójimos tu irascible apetito? ¿Quién te lo enfrena? ¿Quién te preserva de la peste y podre que manejas en la curación de tantos infestados de la carnal casi universal enfermedad? ¿Qué no ha hecho Dios contigo, indignísimo, ingratisimo, dejado á tí? ¿Qué no has hecho tú con Dios Omnipotente? ¿Qué no harás, si quiere servirse de tí? Para cuando, ruin, cobarde, sin espíritu, sin fé, sin agradecimiento, sin amor, ¿para cuando el humilde, el resignado, el confiado, el poderosísimo: ecce ego mitte me: Paratum cor meum, Deus! Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam?

Sí, sí! Dios quiere servirse de ti ignorantísimo, y te ha traído á la Religión y al ministerio, para que armado de su Omnipotencia, sabiduría y virtud declares la guerra al dominante libertinaje, y oscurísima ilustración del siglo tenebroso. El te perseguirá, te contradirá, se esforzará en perderte, y deshonorarte. Pero, ¿quién es él, estando á tu favor Dios? Lo postrarás, lo confundirás, y exaltarás sobre su ruina las glorias del Crucificado, y harás que recobre el espíritu del Cristianismo su abatido, casi estenuado vigor. No lo dudes! Dios quiere obrar por tí, lo que te inspira, así como ves cumplido lo que te inspiró joven seglar. El que te ha hecho lo que eres, hará lo que quiere que hagas. Lee, que para tí también quedó escrito en el Capitulo I de Jeremías, y ármate como él de fe, de rendimiento, de confianza, de espíritu, que si no ahora, no tardará el que lo necesites, y te se dé.

¿Cómo te prepararás, preguntas? Como te he dicho siempre. Abismándote en él de tu nada, y en el profundísimo de los juicios de Dios. No escudriñes por qué á tí y no á otros muchos siervos suyos te eligió para instrumento de su gloria. Conoce que en tu improporcion está la mayor proporción, para que resulte su Omnipotente virtud, y gózate en que así sea. Si alguna vez te hallas inspirado á remediar los males ó necesidades que padecen los prójimos, si tu fé fuera como el grano de mostaza, la fé te dice que no habrá criatura, que á su virtud poderosa se resista. Obra con fé, y obrarás lo que creas que obra quien para que obres te la da. No ya tú, si no el Omnipotente en tí obre, cuando inspirado vayas á obrar. Dios quiere que el mundo lo conozca, lo venera, lo ame, y para solo este fin envió al mundo á su Unigénito. El mundo, no lo conoció, no le sirvió, lo persiguió, lo deshonoró, lo crucificó; pero este crucificado, deshonorado y perseguido, triunfó del mundo; y exaltó sobre sus potestades la gloria de su Padre, y cumplió plenamente el fin de su mision. El mundo está olvidado de su fé, y de la grandeza del Señor. El mundo contradice, y quiere con su infernal ilustracion destruir las máximas del Evangelio, y el espíritu del cristianismo. ¿Y qué harás tú destinado á sostenerlo, si te acobardas y desanimas? No! hijo de mi corazon! no, Fr. Diego mio! Aliéntate, y déjate todo, todo, todo á la interior inspiracion que se te da, y anonadado, sométete sin reserva alguna al divino beneplácito. Pelea las batallas del Señor y preséntate en el campo que te señale. Por ahora no me parece es tiempo de la decisiva; lo será cuando te se mande. Ahora, luego que recobres tu salud, te mandará el Señor á donde convenga. Tu no hagas empeño por ir aquí ó allí á hacer mision: hazla donde te manden con indiferencia; déjate conducir con suavidad de los movimientos que te imprima la voz del Señor, ó ex-

terna por los que están en su lugar, ó interna por inspiracion que siempre, si no te arrebatara sin dejarte libertad, deberás consultar, y sujetar á ageno juicio, no te precipite celo indiscreto. Quien te dice que des de tiempo en tiempo cuenta, no te prohíbe que la des con frecuencia, si la necesitas.

Yo soy el que Dios sabe, y ojalá por ser quien es, y por los infinitos méritos de Jesucristo remedie; pero siendo el que soy, quiere que tenga ardentísimo deseo de servirte, y en cuanto quieras ayudarte. Lo conozco así y mientras viva ten por cierto que nada, nada me separará de ti, y que tengo y tendré singular complacencia de responderte, aunque como ves mi letra es fatal; pero no puedo remediarlo en el día, y cada vez será menos legible; pero el que nos crió lo facilitará todo.

En fin yo soy todo tuyo para cuanto se te ofrezca, y ya ves que he vencido lo que creía imposible, y te trato como tú quieres. Yo quería dos cosas: la una que pidieras al Señor que remediara mi vida, y me resolviera á no desperdiciar los cortos restos de ella que me quedan. Lo segundo que alentando tu fe, echases una bendicion sobre esta señora, hermana de la Marquesa, enfermita, que padece sin alivio y queda oleada. Otra sobre el corazón de N. para desalojar de él, una genial involuntaria pasion celosa que la ejercita, y aunque no poco me ejercita y expone, que temo si Dios se desagradará de esta direccion; medios tiene su providencia; yo no los descubro ni me resuelvo.

La de Casa Estrada sigue bien, y con mucha fidelidad á Dios y buen ejemplo. La de Montelirios es alma generosa: ha empezado bien y yo me prometo hará progresos. Tu N. es alma aññada, y pegadilla á lo que dejó, vamos al paso de Dios que algo se hará. Saluda al Sr. Chacon, y adiós, adiós, hijo, adiós, tuyo, tuyo en J. C.

Fr. Francisco Javier González.

NOTAS

Ante todo es de admirar el interés que el P. González se toma por la salud del Beato encargando secretamente al Ayo y al Capellán de los Duques que miren por el P. Diego, lo distraigan y no le dejen que trabaje ni se dé mucho á ejercicios mentales, que impidan la mejoría de su salud.

En segundo lugar es graciosa la frase con que empieza á tutearlo: *venció tu rendimiento y te doy la más árdua prueba de que te amo por Dios, y porque ames la mía ingratísima con toda tu alma.*

Luego con el cariño y autoridad de Padre comienza á reprender á su hijo, humillándolo, dándole en rostro con sus temores, echándole en cara su cobardía y alentándolo á que tenga esa fé viva y esa confianza firme que traslada de lugar á los montes; y todo esto lo hace el santo Viejo con elocuencia tan soberana y unción tan grande, que no conocemos cosa igual en este género literario: Véase la muestra. *El mundo está olvidado de su fe, y de la grandeza del Señor. El mundo contradice y quiere con su infernal ilustración destruir las máximas del Evangelio, y el espíritu del cristianismo. ¿Y qué hará, tú destinado á sostenerlo, si te acobardas y desanimas? No hijo de mi corazón! no, Fr. Diego mío! Aliéntate, y déjate todo, todo, todo á la interior inspiración que se te dá, y anonadado, sométete sin reserva alguna al divino beneplácito. Pelea las batallas del Señor y preséntate en el campo que te señale.*

Qué hermoso es esto! Ya suponemos el fruto que produciría en el corazón del Apóstol esta carta de su Maestro, y bién lo da á entender en la que sigue, que es también de las más largas y más hermosas que escribió su docta pluma.